

CAPITULO XXXIII.

Los cuatro Presidentes.

¿QUÉ cañonazos son esos, vecina? ¿hay pronunciamiento?

—¡Qué pronunciamiento ni qué ojo de hacha! Pues que! ¿no sabe usted?

—No sé nada.

—El joven héroe, á quien llaman el Macabeo, acaba de llegar.

—¿Ha llegado Miramón á México?

—Eso creía toda la gente, y por eso los balcones y las azoteas están llenas á pesar de la lluvia; pero mi marido, que pertenece á las cocinas de palacio, se fué desde las doce á Chapultepec para ayudar á preparar la cena.

—¿Va á haber, pues, cena esta noche en Chapultepec?

—En la que estarán juntos los cuatro Presidentes.

—¿Cuáles son los cuatro Presidentes?

—¡Válgame Dios, vecina! Está usted muy atrasada de noticias. Los cuatro Presidentes son Zuloaga, Robles Pezuela, Salas y el general Miramón.

—Pero Miramón no es Presidente.

—Pues sepa usted que es el mero Presidente; primero, porque lo nombró la junta electoral, y segundo, porque es el que manda á todos.

—Y entonces, ¿por qué se va á Chapultepec?

—¡Vaya usted á preguntárselo! Se va á Chapultepec como los Virreyes se iban á la Villa de Guadalupe, y Santa-Anna y Comonfort á Tacubaya, ó para arreglar desde fuera las cosas de gobierno ó tal vez para hacer una entrada más ruidosa.

—Está bien, vecina, mil gracias, me meto porque está haciendo frío y el *chipi chipi* no se acaba.

La comadre le llamaba *chipi chipi* á la lluvia.

En efecto, á las cinco y media se había detenido en la garita la diligencia en que llegaba de Querétaro el general Miramón, y en carruaje y rodeado de su Estado Mayor y generales y seguido de una numerosa escolta, se había dirigido al castillo de Chapultepec, en donde había mandado preparar alimentos para él y para los suyos, con el propósito de no entrar á la Capital sino cuando estuvieran allí despachados los asuntos que traía entre manos.

La llegada del caudillo clerical, fué saludada con veintiun cañonazos, que se dispararon en la Ciudadela.

El único que le acompañó en el coche, fué el general Salas, á quien preguntó Miramón luego que estuvieron en camino:

—¿Y qué cara han puesto por aquí los revolucionarios?

—No la han puesto muy buena, respondió Salas; pero han tenido que mostrarse dóciles ante la actitud resuelta de la guarnición.

—Por fortuna, hemos tenido que habérnoslas con hombres que no tienen ninguna energía y en quienes domina el hábito de la obediencia. ¿Y Zuloaga?

—El general Zuloaga hasta ahora salió de su escondite.

—Sí, ya supe que estuvo metido en una legación... ¡pobre hombre!

Y al decir «¡pobre hombre!» Miramón se sonrió de un modo particular.

A poco reanudó la conversación, diciendo:

—Ya expliqué mi conducta en las notas que dirigí á ustedes y la seguiré explicando en algunos documentos públicos; pero en lo particular, tendré que ir diciendo á cada uno, que es la peor tontería que pueda hacerse, eso de andar queriendo democratizar al país y llamar á los partidos á la reconciliación. Nosotros sólo necesitamos del clero y de los ricos que son los que nos ayudan con su dinero y con su prestigio; ¿para qué diablos nos sirven los demagogos que no tienen una peseta? Si no podemos sostenernos nosotros solos, ¿para qué vamos á buscar otros á quienes mantener y que en pago no habían de darnos otra cosa que disgustos y dificultades? No, señor, para los demagogos no hay más que cuerda y machete, guerra sin cuartel, una vez que nos han tirado el guante y lo hemos recogido. Ahora ya los tenemos casi aniquilados; les daremos el último golpe en

Veracruz y ya no volverán á levantarse nunca. ¿Qué opina de esto V. E.?

—Abundo en su parecer, Excelentísimo Señor, contestó Salas, tartamudeando.

—Solamente por no debilitar nuestro partido, por no hacer un escándalo mayor ante el país y ante el mundo civilizado, no hago un ejemplar con Robles Pezuela, con Echeagaray y con toda esa horda de revolucionarios de pacotilla que los acompañaron en sus calaveradas. El mal ejemplo que han dado, su inoportuna rebelión, cualquiera de sus actos, desde el día 24 de Diciembre, merecen un proceso sumario y una condenación; muchas personas respetables del clero y del capital, me han estado inclinando al castigo; pero tendría que ser éste fuerte y extensivo á muchos para que fuera eficaz, y he concluido por opinar como Zuloaga, por el disimulo ó por el perdón.

—Excelentísimo señor, dijo Salas inclinando la cabeza, el perdonar es propio de los corazones generosos y grandes.

Y así conversando, llegaron los dos Presidentes á Chapultepec.

Salas, el otro Presidente, hizo allí los honores de la casa. Introdujo á Miramón á sus habitaciones para que se hiciera la toilette, y á la media hora se presentó ya vestido y remosado en el salón, donde lo esperaba la concurrencia. Refirió los episodios de sus últimas campañas, el incidente del incendio del parque en el palacio de Guadalajara, que produjo grandes exclamaciones y aspavientos y refirió cómo dejaba organizados política y militarmente los departamentos del interior.

Todos se despidieron menos Zuloaga, ya porque Mi-

ramón le hubiera hecho un signo de inteligencia, ya porque aquél quisiera hacer explicaciones.

—Ya estamos solos, le dijo Miramón. Cuénteme usted lo que ha pasado, general, y suprimamos los Exce-lentísimos que me cargan en la intimidad.

—Ya usted lo sabe todo, general, no había uno que no quisiera ser Presidente, juzgando la ocasión oportuna porque se figuraban que usted no saldría de Jalisco.

—Pero es maravilloso que sin que hubiera un solo tiro, se verificaran nueve ó diez pronunciamientos en vein-te días; ¿pero usted por qué no paró el golpe?

—Todas fueron sorpresas, general: yo no podía figu-rarme que estuviera rodeado de hombres falsos y egois-tas, de verdaderos traidores, pues hasta aquellos en quie-nes tenía más confianza, me traicionaron.

—Pues ahora el principal castigo que van á sufrir, será ponerlos á sus piés.

—¡Cómo!

—Volviendo usted á la Presidencia.

—¡Oh!

Zuloaga en vez de decir ¡No! como cualquiera otro, dijo: ¡Oh! con lo cual no quería decir nada.

—Pero antes necesitamos acordar las medidas que deben dictarse al volver usted al Palacio nacional. Estoy muy desvelado; dos noches no he dormido. Hoy descan-so y mañana hablaremos.

Zuloaga se despidió, y el héroe se metió en el lecho poco después, alhagado con la facilidad con que había vuelto á sus quicios el *orden legal*. Creía ó fingía creer que la legalidad estaba invívita en el plan de Tacubaya, que era la bandera de la reacción.

En dos días se estuvo preparando el pastel, y el 24, por bando solemne, se declaró el plan de Tacubaya en to-do su vigor, y Zuloaga volvió al Palacio Nacional, de don-de había sido echado casi ignominiosamente, un mes an-tes.

Hubo ceremonia y discursos. El chicotazo más feroz que recibieron los generales y cuerpos de ejército que se pronunciaron contra Zuloaga, fué el del general Parra, que habló á nombre de la guarnición diciendo entre otras lindezas: «Si abrimos la historia de todos las naciones, no encontraremos ciertamente en sus anales ejemplo alguno de una defección tan escandalosa como la que hoy hace un mes lanzara á Vuestra Excelencia del poder supremo; pero la *Divina Providencia* ha querido que la restau-ración del orden y de los *principios*, juntamente con la persona de Vuestra Excelencia, se efectuara precisamen-te por el mismo general que había sido llamado á suceder á Vuestra Excelencia en la suprema magistratura.»

Lo más chusco fué que estaban presentes muchos de aquellos á quienes iba dirigido el zurriagazo.

El primer acto del Presidente repuesto, fué declarar nulos todos los actos de Robles Pezuela.

Y como de todas maneras Zuloaga estaba predestina-do á salir de la Presidencia, pero sin pronunciamientos, se le obligó á que expidiera otro decreto diciendo: «Es pre-rrogativa del Presidente interino nombrar otro Presidente interino.»

Con ese fácil sistema de expedir leyes, podían decre-tarse cuantas prerrogativas se quisiera, á pesar de todos los planes de Tacubaya.

Pero allí estaba Miramón pegado, para decirle lo que había de decretar.

Zuloaga le dijo muy candorosamente:

—Yo no sé qué fin puede tener ese decreto que he publicado.

—¿El de la prerrogativa? le preguntó Miramón.

—Sí, señor. ¿Qué necesidad hay de que yo pueda nombrar un Presidente sustituto, si no se necesita?

—Al contrario: va á necesitarse.

—Estando yo aquí, parece que es lo suficiente.

—No, general: Vuestra Excelencia y yo tenemos que mostrar deferencia á la opinión.

—Ya la mostramos declarando en vigor el plan de Tacubaya.

—No basta eso: necesita usted salir de la Presidencia, pero por la puerta no por la ventana.

—¿Yo, señor general?

—Es lo convenido con el círculo que nos apoya.

—De modo que...

—De modo que me vá usted á hacer el obsequio de nombrarme en virtud de ese decreto, y así salen las cosas legales.

—Pero siendo Vuestra Excelencia el general en jefe de todo el ejército...

—Tengo que ser el Presidente de la República también... no importa que con el nombre de interino.

—¿Pero para qué vine entonces si tengo que volver á salir?

—Para cubrir las formas, señor Presidente.

—¿Y no me pondré yo en ridículo?

—No, Señor Presidente. Usted va á ganar muchísimo en la opinión, porque lo llamarán el abnegado. Usted me nombra por un decreto: yo me hago del rogar diciendo que tengo que salir á campaña; pero usted, quiere

decir, Vuestra Excelencia, se empeñará mucho en que yo conserve tal investidura en donde quiera que me encuentre, para que la autoridad sea una é indivisible, y sobre todo, para que no me vuelva á dejar por allá sin recursos, como ha sucedido.

De tal manera le fué estrechando el círculo Miramón, que Zuloaga, á pesar de sus escrúpulos y resistencias, tuvo que dar el decreto de 31 de Enero, declarando á Miramón Presidente. Esto es, se llegó á lo mismo que se había hecho antes, pero por otros caminos, sacrificando al estafermo, al caballo blanco, al pobre de Zuloaga, de quien todos se rieron á mandíbula batiente.

El día 2 de Febrero, fué la ceremonia de la toma de posesión del nuevo Presidente interino. Se levantó un altar en el salón de recepciones, se invitó á la nobleza y al clero, pues ya entonces habían empezado á salir algunos nobles de pacotilla, y Miramón, revestido de todas sus insignias, prónunció arrodillado ante el altar el solemne juramento que era de moda entonces.

Y para acabar de poner en berlina al pobre general Zuloaga, le dirigió la siguiente filípica:

«Muy pocos días ha que con una marcha firme, puse término á la última revolución y volví á poner en las manos de V. E., á quien consideraba la única persona legítima para gobernar el país, el poder que se había pretendido confiarme. Lejos estuvo de mi previsión la posibilidad, digo mal, la probabilidad de que nuevas dificultades complicaran la situación; creí que podría consagrar toda mi atención á la grandiosa empresa que me parece la primera entre las que hoy pueden acometerse en la República, la pacificación del país, la extinción del último foco de la guerra civil que lo consume.

Por desgracia V. E., sabe cuántos obstáculos se han presentado á la administración á cada paso; V. E. sabe que nada se ha avanzado en el arreglo de la expedición de Veracruz; V. E. sabe que ninguna esperanza de adquirir recursos para llevar á cabo la ocupación de esa plaza importante, ha podido formarse hasta aquí; V. E. sabe que han llegado á calificarse de exigencias, mis justas peticiones en este respecto, y en fin, V. E. me entregue el mando supremo, considerando este paso como el único medio de que se obtengan los elementos para la campaña, y sólo en este sentido lo admito.»

Al oír toda esta cáfila de regaños, el pobre general Zuloaga, parecía que le echaban agua fría por todo el cuerpo, empezó á sudar, á cambiar de color y á sentir que la cabeza le daba vueltas. Se quedó todo alelado con la boca abierta y sin decir nada, hasta que su ministro de la Guerra, el general Parra, que era el que estaba más cerca, le estiró la casaca y le murmuró al oído este consejo:

—Láncele usted un viva.

Entonces el pobre general Zuloaga, gritó atragantándose:

—¡Viva el Excelentísimo Presidente interino!

Y acabó así la farsa, teniendo que salir el pobre general Zuloaga del palacio, con la cola entre las piernas, y parodiando el discurso del general Parra del día 24 de Enero, murmuraba:

—¡Abriendo los anales del mundo no encuentro un caso semejante!

Los concurrentes á la ceremonia, se quedaron diciendo unos á otros:

—¡Vaya, siempre se fué de aquí la calabaza!

En cambio los propietarios de México, empezaron á temblar luego que supieron que Miramón, en su discurso de toma de posesión, había indicado que su objeto al tomar el poder, era hacerse de recursos para la campaña de Veracruz.

—Es seguro, decían, que el clero no ha de querer desatar mucho los cordones de la bolsa y que sobre nosotros se vendrá el chubasco de los empréstitos y las contribuciones.

Así fué, en efecto, como luego veremos; pero lo que importaba era de pronto implorar las bendiciones del cielo y con ese objeto se celebró el día 6 una fiesta suntuosa en la Catedral, á que concurrieron las gentes de más campanillas.

El orador sagrado pronosticó la victoria para el joven héroe, que iba á combatir la impiedad, y que después de esa fácil campaña vendrían días venturosos para la iglesia.

Después de los dos préstamos que se mandaron imponer en Guadalajara y Guanajuato, de cien mil pesos cada uno, se decretó la contribución del uno al millar sobre toda clase de capitales, y el día 8 ya hubo fondos para que se pudiera dar un banquete de ciento y tantos cubiertos en el edificio de Minería, que se engalanó lujosamente.

Un licenciado, don José María Aguilar, ofreció el banquete á Miramón, con un brindis en que descollaron como muy notables las siguientes palabras que pueden ser aplicadas á los gobernantes de todas las épocas:

«Vuestra Excelencia que conoce y está en aptitud de medir la profundidad del abismo á que fuera conducida la nación si se adoptase una marcha menos sabia y

prudente en el delicado predicamento que guarda nuestra sociedad, sabrá sin duda conservar el apoyo moral que hoy le presta tan decididamente la opinión pública, *docilitándose* no sólo á oírla con benevolencia, sino también á corresponder á sus insinuaciones. Nada es más funesto para los pueblos, que un gobierno cuando se encierra en el estrecho círculo de su propio consejo, porque la verdad no penetra nunca en la atmósfera que lo rodea, y pocas veces la sabiduría toma parte en sus resoluciones: sólo el orgullo es egoísta; el patriotismo es expansivo, y en su entusiasmo puro busca á quien comunicarse y no descansa sino en la aprobación de todos los buenos ciudadanos.

—¡Caracoles con el licenciado Aguilar! murmuraron los mochos más recalcitrantes, éste quiere nada menos que la libertad de la prensa, que el dominio de la opinión de las masas, que la demagogia. . . ¡caracoles con el licenciado Aguilar!

Y Miramón dijo para sus adentros:

—¡Vaya un mono que quiere venir á darme lecciones de buen gobierno!

Y sólo por eso, no lo nombró ministro, sino que compuso su gabinete del modo siguiente:

Gobernación: Teófilo Marín, mocho.

Fomento: Octaviano Muñoz Ledo, moderado.

Guerra: general Severo del Castillo, muy mocho.

Hacienda: Gabriel de Zagaceta, moderado.

Los clericales no quedaron muy contentos con este ministerio que lo consideraron de transacción con el antiguo partido comonforista, del cual quedaban en el poder algunas miajas.

El día 14 se formó el ejército, compuesto de unos seis mil hombres, en el Paseo Nuevo, y Miramón, seguido

de un vistoso Estado Mayor le pasó revista, más por lucirse que por conocer sus elementos de guerra que conocía como los dedos de su mano.

El 15, por la tarde, reunió á sus ministros y les dijo:

—Señores Secretarios del despacho: se puede decir que está arreglada la situación pública, ó por lo menos vencidas las principales dificultades con que se estaba tropezando para llegar al fin que se propuso el plan salvador que proclamamos en Tacubaya. Están sometidos los conspiradores y descontentos, sin que se haya derramado una gota de sangre, está fuera del poder el hombre inepto que lo enervaba, contamos con los indispensables recursos para el ejército y siguen una marcha ordenada los demás ramos de la administración. Yo salgo mañana, como ustedes saben, sin dejar la Presidencia: Zuloaga, que era quien debía nombrar substituto conforme á la ley, ha declarado que no es incompatible el cargo con la campaña que voy á emprender á Veracruz. Desde luego puedo jurar á vuestras excelencias, que volveré victorioso, como lo tengo por costumbre, ya que me acompaña el Dios de los ejércitos; pero durante mi ausencia, vuestras excelencias despacharán los negocios, reduciéndose mi principal recomendación á que no me dejen de mandar dinero y municiones: todo el dinero que se reuna, todas las municiones que se fabriquen: es lo único que yo necesito para triunfar. Dentro de un mes, fíjense bien en lo que les digo, dentro de un mes Veracruz estará en mi poder con todo y el ridículo gobierno de Juárez, con tal que no me falten los recursos. Vuestras excelencias me comunicarán sólo los asuntos graves, y yo los despacharé, á cuyo efecto me llevo á mi ministro de la Guerra y una secretaria de la Pre-

sidencia muy bien dotada. Ahora, ¡adios! y hasta mi vuelta.

No les dió tiempo de hacer observación alguna, porque se levantó y salió del despácho presidencial para ir á despedirse de algunas familias que le dispensaban su confianza y su intimidad.

Era joven, buen mozo y afortunado.

Al día siguiente se ocupó en ver desfilar su ejército, y por la noche fué á incorporarse con él, llegando el 18 á Puebla, en donde lo recibieron con arcos de flores y músicas.

¡Oh! cómo iba lleno de ilusiones y de esperanzas el joven general al acometer aquella campaña de Veracruz!



CAPITULO XXXIV.

Lago de sangre.

QUE Miramón era militar entendido para su época, que era valiente, que era arrojado, y que al mismo tiempo estaba recibiendo las caricias de la fortuna, eso nadie puede negarlo; así es que no sólo tenía fé él en su estrella y en sus conocimientos, sino que la hacía tener á los demás que ya sabían que á donde quiera que fuera lo había de acompañar su buen hado, por lo que él y los demás, contándose entre ellos sus ministros, su partido y aun sus mismos contrarios juzgaron que, como César, diría antes de un mes al estar de regreso en México: «llegué, ví y vencí,» que su campaña de Veracruz sería un agradable paseo militar y que el gobierno de la reacción á pocas fojas quedaría enteramente consolidado.

En efecto, de etapa en etapa fué recibiendo ovaciones, y cuando se empezó á encontrar con partidas de libe-